

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

LXVII ASAMBLEA PLENARIA ORDINARIA

(Santafé de Bogotá, D.C., 6 al 10 de julio de 1999)

QUE RENAZCA LA ESPERANZA

Mensaje de la LXVII Asamblea Plenaria Ordinaria

Los Obispos de la Iglesia Católica hemos celebrado la Sexagésima Séptima Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia. De cara al año 2000, frente al Misterio de la Encarnación Redentora de Jesucristo Nuestro Señor, en el ambiente del Jubileo, para el cual hemos sido convocados por el Santo Padre Juan Pablo II, sentimos, una vez más, el llamado al encuentro con Jesucristo vivo en nuestro camino hacia la casa del Padre celestial. Partiendo de la realidad histórica que compartimos con nuestros hermanos, comprendemos las exigencias de convertirnos todos hacia una Colombia más unida y solidaria. Al final de nuestra Asamblea dirigimos nuestra palabra a todos los colombianos para invitarlos a que, unidos, avancemos por los caminos del Evangelio de Jesucristo hacia el umbral del nuevo milenio.

1. EL PUNTO DE PARTIDA: LA SITUACIÓN ACTUAL

Experimentamos las angustias y esperanzas de nuestros compatriotas. El desafío social que nace del tremendo crecimiento de la pobreza con sus consecuencias en los campos de la educación y la salud.

Los fenómenos de la corrupción y el narcotráfico todavía hacen sentir sus mortales consecuencias. Las acciones contra la paz son cada vez más violentas y preocupantes. La degradación del conflicto, de la que hemos hablado en otras oportunidades, ofrece un oscuro panorama que no tiene límite. En los esfuerzos de paz no se ven tan claras las posibilidades de éxito y la población civil está cada vez menos segura en un país en el que soplan vientos de guerra y muerte.

Percibimos un grave clima de violencia que se presenta en una serie de manifestaciones que, en ciudades y campos, han hecho de la angustia, el dolor y el desespero las únicas posibilidades para la mayoría de los colombianos. Los rostros de las muchas personas *secuestradas*, las víctimas de las *masacres*, los *desaparecidos* sin razón, los *desplazados* de sus lugares de origen desfilan ante nuestros ojos. Desde

la fe hemos sentido al mismo Jesucristo que continúa identificándose con quienes sufren y padecen las consecuencias del mal (cf. Mt 25, 40-45).

2. LA PAZ ES POSIBLE

Nuestra fe en el Señor Jesucristo nos impulsa a llegar a todos los colombianos con un mensaje de esperanza: el Padre Misericordioso no quiere que sus hijos vivan como esclavos, con su dignidad pisoteada, su vida amenazada, sus derechos irrespetados. Porque creemos en Dios y, al mismo tiempo, conocemos todas las posibilidades de crecimiento y grandeza que tienen nuestros hermanos, rechazamos cuanto hiere a la justicia, la verdad, la vida. Nuestra fe cristiana y nuestro amor a Colombia, nos impulsan a proclamar con toda fuerza: ***Colombia puede renovarse***: tenemos recursos para ***reconstruir nuestra nación***. La Patria puede renovarse. Como lo dijo el Papa Paulo VI, **LA PAZ ES POSIBLE** (Jornada de la paz, 1973), y con ella, puede llegar para Colombia un nuevo siglo con mejores horizontes.

3. NUESTRA PROPUESTA: CONSTRUYAMOS LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

Colombia se renueva si vuelve a Jesucristo. Hay que volver a sus criterios, a sus mandamientos, particularmente al mandamiento del amor que es el distintivo de aquellos que son sus discípulos (cf Jn 13, 34-35). Este es el punto de partida para una nueva sociedad, con una nueva manera de vivir y convivir. Hace ya trece años, el Papa Juan Pablo II, propuso a los dirigentes del país un programa de renovación que llamó CIVILIZACIÓN DEL AMOR. Así lo explicó el Santo Padre. “*Se trata de una sociedad en donde la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y la caridad, sean una realidad. Una sociedad que lleve el sello de los valores cristianos como el más fuerte factor de cohesión social y la mejor garantía de su futuro... Una sociedad en la que sean tutelados y preservados los derechos fundamentales de la persona, las libertades civiles y los derechos sociales, con plena libertad y responsabilidad, y en la que todos se emulen en el noble servicio del país, realizando así su vocación humana y cristiana.... Una sociedad que camine en un ambiente de paz, de concordia, en la que la violencia y el terrorismo no extiendan su trágico y macabro imperio y las injusticias y desigualdades no lleven a la desesperación a importantes sectores de la población y les induzcan a comportamientos que desgarren el tejido social....*” (Discurso a los dirigentes, 01.07.1986, n. 3).

Este es el ideal de país que proponemos a nuestros hermanos colombianos. Esta es la meta de renovación que queremos buscar en nuestra labor pastoral. Este es el propósito que buscamos llevar a cabo con la colaboración muy especial de nuestros hermanos presbíteros, diáconos, personas consagradas y fieles bautizados que sienten su responsabilidad cristiana y patriótica frente a sus hermanos más necesitados.

Edificando la Civilización del Amor, logramos la CULTURA DE LA PAZ. Si tantas veces hemos hablado de paz, no la reducimos a una terminación de la guerra que, aunque no declarada, es una realidad en Colombia. Nos proponemos lograr aquellas condiciones de justicia, reconciliación, participación y perdón que nos permitan una convivencia digna de nuestra condición de seres humanos y de hijos de Dios. Con todas nuestras fuerzas buscamos el BIEN COMÚN, es decir, aquellas condiciones en las que todos sin excepción alcancen lo que es conforme a su dignidad de personas e hijos de Dios, en el campo de la salud, la educación, el empleo, la vivienda. Queremos que Colombia sea el pueblo de la vida y para la vida, la nación en la que se valora y defiende la vida.

4. LOS ACTORES: TODOS RESPONSABLES

Todos somos indispensables en la reconstrucción de Colombia. Por eso el compromiso tiene que ser de todos. Quienes han sido escogidos por el pueblo para orientar los destinos de la Patria y han sido colocados en las distintas responsabilidades del poder, han de asumir esta difícil pero apasionante tarea: llegar al nuevo milenio con días mejores para todos.

Los que han sido dotados de mayores recursos económicos, culturales, técnicos tienen aquí un amplio campo de servicio. Aún los violentos, aquellos que han pretendido cambiar estas condiciones del país por la vía de las armas, deben escribir una página diferente en su historia personal y en la de Colombia.

Comprendemos que no podemos dejar marchitar la esperanza de un nuevo milenio en el que vendrán días mejores para este país que todos amamos. Nuestra condición de discípulos de Jesucristo nos hace portadores de su Evangelio que es siempre anuncio de paz. Desde la noche de Navidad (cf Lc 2,14) hasta el día de la Resurrección (cf Jn 20,21), Jesús comunica a los suyos esta paz que el mundo no puede dar (cf Jn 14,27). Cuando evangelizamos, estamos indicando sendas de paz. El encuentro de cada persona con el Señor Jesús, abre a ella caminos de conversión, comunión, solidaridad, es decir, caminos de paz integral, auténtica.

Quien se encuentra realmente con Jesucristo vivo recibe la paz y se convierte en instrumento de paz. Así cada uno de los discípulos del Señor Jesucristo descubre su responsabilidad frente a la paz: **LA PAZ DEPENDE TAMBIÉN DE TI**, decía el Papa Paulo VI. (Jornada de la paz, 1974). Entendemos bien que la renovación de las parroquias y las diócesis se hace viva y eficaz a partir de nuestro trabajo evangelizador que, educando para la vida en comunidad, lleve a un desarrollo integral de las personas y un aprendizaje de la auténtica solidaridad cristiana. El retorno a Dios, el encuentro personal con Jesucristo vivo, el cumplimiento de sus mandamientos, constituyen el camino para llegar a una clara vida de amor a Dios y a los hermanos.

5. LAS ACCIONES: EVANGELIZAR PARA LA PAZ Y LA CONVIVENCIA

A la Civilización del Amor solo llegamos cuando aceptamos plenamente a Jesucristo, a quien encontramos personalmente. Desde allí surge la auténtica vida de comunidades en las que se comparten todos los bienes, espirituales y materiales.

El respeto y la defensa de toda vida humana, desde el primer momento de su existencia hasta su agotamiento final, es resultado de la aceptación del Evangelio de Jesucristo. La práctica de la justicia en las relaciones laborales nace de la aceptación de las personas como hijos de Dios y miembros de la misma familia humana. El amor cristiano, con su fruto maduro la solidaridad, es entonces de una vida vivida en la aceptación y seguimiento de Jesucristo.

Con profunda esperanza reafirmamos la convicción de que a la paz llegamos por la vía de la conversión personal, del aprendizaje de la solidaridad, de un diálogo que sea expresión de la caridad, de la reconciliación y el perdón. Comprendemos que se empieza a caminar hacia la paz cuando se inicia el esfuerzo por el respeto a los Derechos de los hermanos. Por tanto esperamos que en los procesos de negociación con los cuales se busca superar el conflicto armado se llegue pronto a compromisos en orden a salvaguardar el Derecho Internacional Humanitario, como punto de partida de una AGENDA de paz. Si no se realiza esta condición continuamos con una población civil víctima de los más absurdos atropellos y las más inauditas formas de violencia. En este mismo sentido **rechazamos nuevamente**, con la mayor energía posible, **acciones violentas** como el **secuestro**, la **extorsión**, el **terrorismo**, las **masacres**, la **desaparición forzada**. Necesitamos superar aquellas situaciones que impiden el desarrollo integral de todos y contradicen la convivencia pacífica y la igualdad de oportunidades para todos.

Interpretando la esperanza de los colombianos exigimos a quienes han de llegar a las mesas de conversaciones en búsqueda de la paz que no se interrumpan los diálogos antes de lograr algo positivo para el país.

Un primer resultado que todos anhelamos es que, si bien es cierto las conversaciones se han iniciado “en medio del conflicto”, se llegue pronto a un cese multilateral de las acciones bélicas que tanto sufrimiento han causado, sobre todo a poblaciones pequeñas y a ciudadanos indefensos. Los colombianos tenemos derecho a noticias mejores que superen el cúmulo de tragedias que hemos conocido últimamente. Los medios de comunicación, que son maravilloso recurso para crear un clima de renovación y esperanza, deben realizar la información en la verdad, la justicia y el respeto por cada persona.

6. CONVOCAMOS PARA UNA GRAN CRUZADA DE ORACIÓN

Nuestra Asamblea culmina cuando estamos recordando los 80 años de la Coronación de la imagen de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Quienes nos han precedido en la historia de Colombia han manifestado así que reconocen a la Virgen María como modelo e intercesora. Acompañamos a nuestro pueblo en peregrinación con la imagen de la Santísima Virgen hasta el centro de Santafé de Bogotá.

Todos los católicos hacemos el propósito de la oración diaria a María Santísima para que nos podamos orientar por sendas de fe y caridad, hasta lograr la civilización del amor. Oramos, unidos a todos los colombianos, por la renovación de nuestra Patria para que tengamos la paz. Como la paz es **DON DE DIOS** (Juan Pablo II, Jornada de paz 1982), convocamos a todos los colombianos para que, en familia, en las parroquias, en los lugares de trabajo y de estudio hagamos un gran esfuerzo de oración por la paz. Solamente así disponemos nuestros corazones para aportar lo mejor de nosotros mismos para el bien de todos.

La civilización del amor parte de esta certeza: Dios Padre nos ha amado primero y en su Hijo Jesucristo nos expresa su amor y nos indica los caminos del amor cristiano (cf 1Jn 4, 7-21). Que Cristo resucitado haga de cada uno de nosotros **INSTRUMENTOS DE SU PAZ** para que en Colombia renazca la esperanza. Nuestra Señora de Chiquinquirá, que nos congrega como en una sola gran familia, nos haga descubrir, desde nuestro amor a ella, los caminos de la civilización del amor.

Santafé de Bogotá, D.C., 9 de julio de 1999

+ Alberto Giraldo Jaramillo
Arzobispo de Medellín
Presidente de la Conferencia Episcopal